
HISTORIOGRAFÍA

HISTORIOGRAFÍA SOBRE NACIONALISMO E IDENTIDAD NACIONAL EN LATINOAMÉRICA♣

NICOLA MILLER ♦

RESUMEN

Este artículo analiza el estado actual de la investigación en Latinoamérica, centrándose en el gran corpus de material producido desde los 1990s en diversos campos (historia, ciencias sociales, estudios culturales). Al analizar los trabajos sobre los siglos XVIII y XIX, toma como punto de partida el impacto causado en la investigación de los latinoamericanistas *Comunidades Imaginadas* de Benedict Anderson. Analiza como éstos aplicaban sus teorías y sus críticas sobre el nacionalismo en Latinoamérica. Destaca también los progresos recientes en el área y plantea la necesidad de incorporarlos en todos los debates sobre la historia y teoría del nacionalismo. Por razones de espacio, este trabajo no presenta una bibliografía mucho más extensa.

PALABRAS CLAVE

Historiografía, nacionalismo, identidad nacional, Latinoamérica

THE HISTORIOGRAPHY OF NATIONALISM AND NATIONAL IDENTITY IN LATIN AMERICA

ABSTRACT

This article surveys the current state of research on nationalism in Latin America, focusing on the large body of work produced from the 1990s onwards in a wide variety of disciplines (history, the social sciences and cultural studies). Covering work on both the nineteenth and the twentieth centuries, it takes as a starting point the impact of Benedict Anderson's work, *Imagined Communities*, on Latin Americanists. It discusses the ways in which Latin Americanists have applied his ideas, and their critiques of many of his claims about Latin American nationalism. It goes on to outline major recent developments across the field, within the context of an argument that it is important for all scholars of nationalism to incorporate Latin American experiences into their debates on the history and theory of nationalism. The references have been selected to guide readers to key relevant works; regrettably, the article cannot, for reasons of space, offer a fully comprehensive bibliography

♣ Título original en inglés: «*The Historiography of Nationalism and National Identity in Latin America*.» Publicado en *Nations and Nationalism*, Journal of the Association for the Study of Ethnicity and Nationalism, 12 (2), 2006, UK, [pp 201-221]. Traducción realizada por Julio Maldonado Arcón, profesor Universidad del Atlántico, la cual fue recibida en septiembre de 2008 y aprobada en Noviembre de 2008.

♦ Profesora del Departamento de Historia, University College London, e-mail: nicola.miller@ucl.ac.uk

KEY WORDS

Nationalism, National Identity, cultural Studies, history.

Siempre se ha considerado a Latinoamérica como el “hijo malo” de la historia del nacionalismo. Por su carencia de características étnicas y lingüísticas, generalmente asociadas con las identidades nacionales en Europa o Asia, carencia de un proceso estable para la consolidación del Estado, y también por falta de una estabilidad económica como la de Estados Unidos o Canadá, las primeras colonias de España y Portugal son consideradas, en el mejor de los casos, como naciones incompletas. Hasta bien entrados los 1980s, se creía –entre los estudiosos del latinoamericanismo y del nacionalismo comparado– que el Estado fue primero que la nación; que la conciencia nacionalista no empezó a surgir sino en los 1950s; y que ese nacionalismo no era la clave para entender mejor a las sociedades latinoamericanas. Aun así, es necesario resaltar que, a pesar de la pérdida de algunos territorios importantes por algunas naciones latinoamericanas en el siglo XIX (México es un ejemplo palpable al cederle cerca de un tercio de su tierra a Estados Unidos, las regiones de esos estados naciones permanecieron invariablemente intactas en el siglo XX. Es decir, los movimientos separatistas estuvieron virtualmente ausentes en la región. Lo que parece sorprender de Latinoamérica en la primera década de los 2000s, no son los diferentes tipos de identidad que se pueden encontrar allí –lo cual se es-

pera se encuentre en un mundo globalizado– sino que, en vez de eso, muchas formas de identidad nacional continúan siendo manifiestamente un factor significativo en las vidas de muchos latinoamericanos. La insistencia en una identidad nacional debe atribuirse en parte al peso acumulativo histórico de los intentos por promover el nacionalismo. Pero también es un indicativo de unos hechos del nacionalismo en Latinoamérica que valen la pena ser retomados dentro de un contexto comparativo.

Aunque desde la independencia muchos países latinoamericanos se sumieron en un proceso de construcción de la nación estado, no fue sino hasta los 1960s que Latinoamérica comenzó a interesarse por el tema del nacionalismo. Se inspiraron parcialmente en el trabajo de Kedourie sobre el nacionalismo en algunos países descolonizados (1960 y 1971), pero el estímulo principal fue la revolución cubana y su alianza con el bloque soviético. Los estudiosos de las ciencias sociales en Estados Unidos volcaron su atención hacia los ejemplos de nacionalismo en Latinoamérica estimulados por la guerra fría para detectar cualquier amenaza potencial contra los intereses de Estados Unidos (Whitaker, 1962; Whitaker y Jordan, 1966; Masur, 1966; Baily, 1970; Swansborough, 1976). En los 1970s, otros estudiosos simpatizantes de la posición latinoamericana se encuentran en un mundo globalizado-

mericana e influidos por la teoría de la dependencia, escribieron varios ensayos sobre el desafío de Washington. La mayoría de esos trabajos se centraron en el nacionalismo económico especialmente las nacionalizaciones contemporáneas de Perú, Chile y Venezuela. Volviendo también al ejemplo histórico del petróleo en México en 1938 (Quijano, 1971; Freeman, Smith, 1972; Tancer, 1976; Sigmund, 1980). Pero a finales de la década, cuando el nacionalismo latinoamericano asumió una tendencia derechista con la aparición de los regímenes militares, el interés en el nacionalismo se desvaneció nuevamente ya que los historiadores volvieron su atención sobre otros esquemas analíticos para comprender mejor las políticas latinoamericanas. Aunque todos esos regímenes promovieron fuerte y claramente proyectos nacionalistas, el nacionalismo se vio eclipsado por el tema del autoritarismo, las relaciones civiles militares y los derechos humanos.

Este rechazo al nacionalismo se subsanó dramáticamente en los 1990s con la aparición de un buen número de trabajos en las áreas de historia, ciencias sociales, estudios culturales, antropología, ciencias políticas y geografía sobre las identidades colectivas latinoamericanas en las cuales, la identidad nacional no era necesariamente el punto principal, sino el punto de arranque o criterio. Mucho de ese interés renovado se debió a los cambios aparecidos en los procesos de transición: desde al autoritarismo a la redemocratización, en el cual los mo-

vimientos sociales jugaron un papel importante lanzando entonces a los grupos excluidos a la arena política; los debates sobre ciudadanía y los derechos generados por un resurgimiento de la retórica del proceso liberal democrático junto con la implementación de las políticas económicas neoliberales que llevó a mucha gente a la marginalidad; a la relevancia de los temas sobre la legitimidad, especialmente en el contexto de la redefinición del papel del Estado en el desarrollo nacional; y la necesidad de vincularlo con el pasado (un tema aun para los países que no vivieron la experiencia del autoritarismo militar debido precisamente a la reestructuración del Estado). Esto, a su vez, resaltó la importancia de la memoria y la historia, y Renan se anotó un punto obviando esto en relación con la construcción de nación.

Por supuesto, al mismo tiempo, el siempre invocado proceso de globalización trajo a colación la viabilidad y significado de la nación estado. Los movimientos indígenas en Ecuador, Guatemala, México, Bolivia y en otras partes, su confianza respaldada por los contactos internacionales comenzaron a enfrentarse a las autoridades del Estado central y su propósito de dejar de lado a la comunidad nacional. Significativamente, muchos de esos movimientos querían renegociar en vez de rechazar su papel dentro de esas naciones estados. Aquí se observa una tendencia amplia de muchos sectores de la sociedad latinoamericana para asumir al nacionalismo como

una defensa vital contra las encrucijadas del capitalismo internacional y sus avatares. Ese enfoque tenía eco en muchos espacios académicos, dentro y fuera de la región para reconceptualizar al nacionalismo y a la identidad nacional de manera más flexible que las permitidas por las tempranas interpretaciones monolíticas. Estas iniciativas se inspiraban y sustentaban en los avances de las teorías del nacionalismo, sobre todo del trabajo omnipresente de Anderson *Comunidades Imaginadas* (1983; edición revisada, 1991).

El énfasis de Anderson sobre hasta dónde todas las naciones eran imaginadas (no necesariamente ligadas a estándares causados por las definiciones europeas sobre lo étnico, lo racial y la lengua) abrió el camino para incluir las experiencias latinoamericanas en unas estructuras teóricas y comparativas mucho más amplias. Los estudios post coloniales constituyeron una importante influencia al respecto, aunque los latinoamericanistas tendían a ser muy cautos con respecto a la noción misma de post colonialismo identificando un impulso universalizante en ella, junto con su aplicación en Latinoamérica. Aun así, muchos latinoamericanistas se mostraban receptivos a los tipos de enfoques propuestos por diversas escuelas dedicadas a los estudios sobre lo post colonial, lo subalterno y lo cultural, particularmente, teorías sobre la narración y el análisis del discurso. Todo esto ayudó a conformar todo un cuerpo de trabajo revisionista que ha llevado a

pensar el nacionalismo latinoamericano y la identidad nacional desde diversas perspectivas. Esta es una oportunidad para revisar el campo y determinar las áreas de futuras investigaciones.

Pocos de los principales teóricos e historiadores comparativistas del nacionalismo han dicho mucho sobre Latinoamérica. Aun más, líderes del área como Gellner, Anthony Smith, John Breuilly y John Hutchinson han ignorado Latinoamérica o la han convertido en un engorroso pié de página, aduciendo que ella no se acomoda realmente a ninguno de sus esquemas, pero no modifican los suyos para adecuarlos de manera significativa a las experiencias de esa región. El problema real de Latinoamérica consiste en que no es completamente diferente de la norma implicada sino que todo lo concerniente a ella aplica pero *parcialmente*. Todos los indicadores convencionales del nacionalismo están ahí presentes pero de manera complicada. Por ejemplo, la lengua no puede asumirse como un causante del desarrollo de Latinoamérica, pero comenzando con los finales del siglo XIX, los intelectuales de la mayoría de esos países empezaron a diferenciar el idioma español como “chileno”, “peruano”, “mexicano”, etc. En Brasil, el idioma portugués con tendencia brasilera ha jugado un rol principal para describir lo brasilero. En la mayoría de los países de la región, la incorporación del vocabulario nativo, las inflexiones y el ritmo de las lenguas indígenas –un proceso que data desde la conquista- tam-

bién ha influido en el desarrollo de un sentido de diferenciación nacional. Así, la lengua constituye con toda certeza un factor relevante en el surgimiento del nacionalismo latinoamericano (Morse, 1989), aunque no siga un patrón lingüístico hegemónico, un modelo de nación estado.

Una gran excepción del rechazo general comparativista hacia América Latina es Eric Hobsbawm, quien desarrolló un breve pero sustancioso análisis sobre el nacionalismo latinoamericano, desafortunadamente escaso en nuestro medio (Hobsbawm, 1995). El, con una interpretación modernista estándar, se centra en el Estado y el capitalismo y toma la experiencia latinoamericana para sustentar su tesis general de que las naciones son constructos políticos y por lo tanto, capaces de sostenerse ellas mismas a pesar de la volubilidad y el carácter cambiante de las identidades étnicas. Pero su propuesta de que Latinoamérica ha permanecido inmune al moderno nacionalismo étnico cultural de hoy (p. 331) parece muy traído de los cabellos para aquellos que conozcan la historia de Latinoamérica y sus pueblos indígenas. Dos instancias surgen en el siglo XIX: el proceso de pacificación chileno en los 1860s, cuando los mapuches perdieron una buena cantidad de tierra debido a las campañas militares oficiales que los obligaron a desplazarse hacia el sur del país, y la guerra Argentina del Desierto (1879-80), cuando la mayoría de los pueblos indígenas remanentes fueron asesinados para abrir las pampas a la

agricultura. En el siglo XX se aplicaron políticas virtualmente genocidas en Guatemala durante los 1960s. Y también ha existido una indiferencia permanente por los indígenas del Amazonas. Todas esas experiencias, junto con las de la clase negra y los inmigrantes ha llevado a severos cuestionamientos sobre la afirmación oficial de que las naciones latinoamericanas son democracias raciales. El significado del término ampliamente expandido *mestizaje*, va desde la hispanización hasta un grado de inclusión de lo indígena, pero ello implica una asimilación (como un crítico mexicano afirmó: “tu eres diferente, pero yo te perdono”). La mayoría de los latinoamericanistas resaltarían ahora hasta que grado las ideologías de mezclas raciales se basaban en unas estructuras estatales racializadas y las iconografías nacionales oficiales que excluían a los negros e indígenas (Appelbaum y otros, 2003). Aun así, la propuesta de Hobsbawm permanece válida: Desde comienzos del siglo XX, el nacionalismo latinoamericano ha planteado una retórica de inclusión que en algunos casos le ha abierto unas posibilidades a los marginados para renegociar su status.

A pesar de las complejidades de la relación entre raza y nación en Latinoamérica, está el caso de la crítica europea permanente después de la segunda guerra mundial de que el nacionalismo como un vehículo de lo racista no tuvo lugar en Latinoamérica, en donde el nacionalismo fue y continúa siendo concebido en términos de lo emancipatorio. La experiencia de la

región sobre el neoimperialismo implica que aun los marxistas internacionalistas tienden a resaltar la importancia de la nación como el espacio de reivindicación de las masas: el pueblo, que conformaba la nación, se vio privado de su soberanía por las élites que vendieron sus países para servir al imperialismo (Castañeda, 1993). Como plantea Hobsbawm (1995), por lo menos, desde la revolución mexicana (1910-20) el nacionalismo en Latinoamérica adquirió una tendencia izquierdista, desarrollista, antiimperialista y popular.

Pero no siempre fue así, y Hobsbawm como otros historiadores de izquierda menospreciaron las versiones autoritaristas conservadoras que se tenían del organismo estatal. Pero su posición sobre las revoluciones con una especie de legitimación popular propició una adhesión a lo nacional a pesar de sus implicaciones, por lo menos para Cuba, México y Nicaragua y que ha sido recientemente abordada por los latinoamericanistas desde una propuesta netamente nacionalista. Hobsbawm resaltó la importancia de “la moderna cultura de masas, especialmente apoyada por la tecnología” (p. 320; por ejemplo, el deporte, la radio y la televisión). Obviamente, esos medios se constituyeron en medios vitales para la divulgación del nacionalismo, pero muy poco durante sus inicios, ellos operaron independientemente del Estado como lo muestran los estudios de casos (Britton, 1994, Mason, 1995). Un análisis mucho más extenso de Hobsbawm sobre las tra-

diciones de lo inventado acerca de lo estatal todavía influye en una gran cantidad de estudios actuales sobre la conmemoración y rituales cívicos en Latinoamérica. Aunque tales trabajos apunten hacia otros esquemas conceptuales como el de Pierre Nora y Jacques Le Goff sobre la historia y la memoria que intentan cambiar la perspectiva de Hobsbawm.

En lo que concierne a Benedict Anderson, les tomó mucho tiempo a los latinoamericanistas apoyarse en sus propuestas, pero resulta difícil realzar su influencia sobre las investigaciones en los 1990s. Muchos latinoamericanistas encontraron su concepto de nación más como un constructo cultural que ideológico o burocrático en relación a las sociedades que ellos abordaron y en las cuales los Estados eran históricamente débiles. En lo que se refiere a la especificidad de sus propuestas, los latinoamericanistas criticaron a Anderson, pero muchos de ellos adoptaron, adaptaron y acogieron sus ideas según lo confirmado en una conferencia sobre historiadores y críticos culturales en el 2000 para debatir la importancia de Anderson en la región (Castro-Klaren y Chasteen, 2003). Irónicamente, rechazaban la versión agrandada de Anderson en lo referente a las guerras de independencia que tenían como modelo el nacionalismo europeo y de otras partes. Posiblemente, no hay historiadores de las guerras de independencia que aceptarían la versión de Anderson que se basa, como muchos han señalado, en un rango limitado de fuentes secundarias. Su idea

de que el origen de la burocracia criolla jugó un papel crucial en la creación de conciencia de élite tanto de España como dentro de la misma América ha sido vista con mucho escepticismo, en parte porque no tenía casi ningún soporte. Existe mucho más tema al respecto, pero el trabajo más reciente de Francois-Xavier Guerra halló bastantes evidencias contra la tesis de Anderson (Guerra, 2003; Uribe-Uran, 2001). La otra propuesta de Anderson —llamémoslo las implicaciones del capitalismo impreso— ha llamado más la atención. Su afirmación de que el efecto de los diarios de finales de la colonia para crear una conciencia ultra nacional también parece basarse en evidencias muy limitadas. Al tratar de ilustrar su idea acerca del papel de la literatura en la creación de una conciencia en un tiempo vacío homogéneo, explícitamente trató de “agarrarse” del *Periquillo sarniento*, una novela de 1816 del periodista José Joaquín Fernández de Lizardi quien satirizaba las formas de comportamiento coloniales y algunos otros temas. Como explicación causal, el planteamiento de Anderson no resiste un análisis de fondo.

Sin embargo, si se consideran como factores de un proceso y no como orígenes de una serie de eventos, sus ideas pueden aplicarse muy positivamente. El interés por lo contrario y no por lo concreto llevó a algunos historiadores a reconsiderar el significado de la idea de nación durante el proceso de independencia. Aunque los movimientos independentistas no pueden ser asumi-

dos plausiblemente como movimientos de emancipación nacional al estilo de la descolonización posterior a la segunda guerra mundial, ello no implica que el concepto de nación fuese irrelevante o carente de significado. Algunos sostienen que lo que se imaginaba era una república y no una nación, pero existe una creciente evidencia que sugiere que ambos temas estaban presentes y que ambos evolucionaron pero no en tándem, lo cual sería una metáfora muy simplista, sino en una estrecha interrelación (McFarlane y Posada Carbó, 1998). Después de las revoluciones, americana, francesa y la haitiana fue posible concebir una nación separada y a diferentes escalas de una república, pero era muy difícil imaginar una república que estuviera basada en los conceptos de soberanía popular y territorios fronterizos. También, muy recientemente los historiadores han intentado identificar los diferentes niveles de significado relacionados con los términos “nación” y “patria” durante y después de las guerras de independencia (Guerra, 1992; Brown en esta edición especial). Todavía existe espacio suficiente para otras investigaciones sobre la relación entre los Estados que surgieron de la derrota del poder colonial con las comunidades y naciones estados que después se generaron. Aun más, el discurso de las constituciones de esas repúblicas debería recibir más atención que la prestada hasta ahora. Aunque con frecuencia se ignoraban estas constituciones como lo señala Alan Knight (2001), siempre se volvía a ellas como punto de lanza de ese ideal.

El famoso énfasis de Anderson sobre el capitalismo impreso se aplicó más efectivamente en periodos posteriores de la historia latinoamericana. Doris Sommer (1991), encabezó este enfoque con una lectura altamente perceptiva de las novelas románticas del siglo XIX en las cuales el drama nacional de casar a un criollo con un indígena se narraba como caso personal amoroso. Quienes afirman que las novelas tienen muy poco significado en la creación de las comunidades imaginadas en Latinoamérica, porque solo eran leídas por una escasa minoría, tienden a ignorar el hecho de que esas élites estaban dispersas en lo regional, en lo económico y por las alianzas políticas. Existían muchos obstáculos para que las élites se consideraran a sí mismas como parte de una misma comunidad, aun antes de que ellas intentaran incorporarse a las masas. Las novelas podrían haber jugado un papel constructivo aquí, aunque es muy difícil afirmar que las novelas del boom latinoamericano de los 1960s contribuyeron a forjar las identidades nacionales. También se han analizados otros tipos de narrativas –ensayos, cuentos, artículos periodísticos y poesía- pero todavía queda mucho más material histórico que puede ser extraído de esta clase de documentos. Por otro lado, también se ha comenzado a explorar el rol de la prensa al respecto (Jaksic, 2002).

El énfasis textual generado por el interés de Anderson en el capitalismo impreso también ha sido retomado pero desde un matiz antropológico asu-

miendo la vida social como un texto (Radcliffe y Westwood, 1996), sumando los interrogantes sobre cómo era la vida cotidiana de la nación al tema de cómo podría ser imaginada. Es decir, los planteamientos de Anderson tuvieron un impacto evidente en los estudios multidisciplinarios en Latinoamérica.

El historiador y antropólogo mexicano con tendencia estadounidense Claudio Lomnitz publicó hace poco una crítica perceptiva contra Anderson con respecto a Latinoamérica y que ahora es citado por los latinoamericanistas casi con la misma frecuencia que Anderson. Lomnitz planteó tres aspectos: primero, afirmó que la idea de Anderson sobre la nación como una política imaginada y limitada inherentemente en cuanto a la soberanía, no refleja el uso cambiante del término nación durante el periodo que precedió a los movimientos independentistas en Hispanoamérica. Un criollo descendiente de españoles y habitante de Nueva España (hoy México), podría referirse a la nación, por lo menos de tres maneras: a) identificarse a sí mismo como español; b) diferenciar su espacio territorial en Nuevo México del territorio indígena, el cual se designaba como una “nación separada”, con privilegios legales diferentes (derechos soberanos, por ejemplo); c) para diferenciarse a sí mismo de España (Lomnitz, 2000: p. 333-4). Tal vez lo que convencionalmente se entiende ahora por “nación estado” era la noción de “patria”, lo cual implicaba pertenecer a un territo-

rio pero no necesariamente a las comunidades que habitan en él, de tal manera que podían coexistir varias naciones dentro de la misma patria. Esta situación todavía persiste en Latinoamérica en el siglo XIX, en la cual, y sin ninguna sorpresa, las élites preferían usar el término patria en vez de nación ya que esto les permitía eludir el propósito engañoso de incorporar a todo el pueblo en una misma nación. Pero, incesantemente la idea de nación ganó en vigencia porque una de las estrategias para legitimar la propuesta de ganar control sobre el Estado central movilizándolo el apoyo popular hacia ello, consistía en extender los beneficios del gobierno republicano a sectores más amplios de la población. Tales medidas, como lo señalaba Lomnitz con respecto a México (2003: 352), incluía la abolición de impuestos y tributos religiosos, el despojo y la distribución de las tierras de españoles junto con la expansión de nuevos instrumentos y tecnologías siempre se implementaban desigualmente, lo cual era sintomático de las dificultades que acarrearía el tratar de unir varias “naciones” dentro de una nación Estado modernizador.

La segunda afirmación de Lomnitz refutaba la idea de Anderson de que el nacionalismo, implicaba una “camaradería profundamente horizontal”. Tomando como punto de partida la historia latinoamericana del siglo XIX sobre las luchas de poder entre los Estados republicanos como resultado de las guerras de independencia y las instituciones que venían del periodo colonial

(comunidades indígenas, vastos Estados territoriales, la iglesia), Lomnitz afirmaba que el nacionalismo, no solo en Latinoamérica, sino en general, implicaba “algún nexo de dependencia” entre la mayor parte de los ciudadanos (hombres, mujeres y niños); criollos e indígenas; terratenientes y sus trabajadores). En otras palabras, aunque el nacionalismo implicaba fraternidad o lazos horizontales, en la práctica, se construyó sobre unas bases jerárquicas de paternalismo y clientelismo.

En tercer lugar, Lomnitz planteaba, con seguridad correctamente, que Anderson había cometido un craso error al asociar el nacionalismo con la secularización. En España, Lomnitz resaltaba, la conciencia nacional se veía estimulada en parte por el expansionismo religioso en el Nuevo Mundo y con la creencia de que “ser español” significaba gozar de una relación privilegiada con la iglesia católica. Por otro lado, la masonería jugó un papel crucial en convertir a los líderes regionales en líderes nacionales. Lomnitz también afirmaba que mucho de la historia temprana de México puede ser abordada en términos de las luchas por controlar el poder estatal entre dos sociedades secretas: la británica y la norteamericana, una rivalidad que era apoyada por Inglaterra y Estados Unidos respectivamente (Lomnitz, 2000: 352). No necesariamente el nacionalismo desplazó a la lealtad religiosa, sino que, en algunos casos, era compatible con ella. En España, observaba Lomnitz, la idea de una economía nacional dependiente del concep-

to de un “tiempo vacío homogéneo” que Anderson atribuía al surgimiento del capitalismo impreso, podría remontarse al siglo XVI (Lomnitz, 2000: 352).

Basándonos en lo planteado por Lomnitz, quien se centró principalmente en los comienzos del siglo XVIII, es válido resaltar que en su mayoría, el papel crucial jugado por la religión para el desarrollo del nacionalismo en Latinoamérica, permanece casi inexplorado por los académicos quienes tienden a mantener una mirada secular. Cuando se aborda lo religioso, generalmente se hace desde el ropaje de la cultura popular, por ejemplo, lo de la Virgen de Guadalupe en México. Es más, mucho de lo relacionado con lo religioso y que subyace en el discurso nacionalista latinoamericano se ha sobrevalorado, pero esto es también válido para muchas otras partes del mundo. Pero la larga historia del nacionalismo católico en la región está por abordarse completamente, lo mismo que la amplia relación entre religión, religiosidad y nacionalismo en Latinoamérica. Un buen comienzo es el de Henry Goldschmith y Elizabeth McAllister (2004), pero su propuesta pionera cuestionando la separación de raza, religión y nación como categorías analíticas, primarias y limitadas y que son las intersecciones entre ellas, necesitan más atención, todavía nos dicen más sobre la religión y la identidad racial que sobre religión e identidad nacional. Por ejemplo la evidencia de los protestantes evangélicos venezolanos que participaron en una movilización en 1996, organizada por

su iglesia contra el gobierno corrupto sugiere una idea de redención personal proyectada sobre la nación (Smilde, 1999). Pero como Lomnitz afirmaba, la propuesta de Anderson de que el nacionalismo reemplazó al sentimiento religioso es difícil de apoyarse en las evidencias Latinoamericanas.

Finalmente, desde un punto de vista latinoamericano, el talón de Aquiles de los argumentos de Anderson no se basa tanto en “lo imaginario” como en la “soberanía”. Lomnitz planteó el problema de las soberanías divididas que existieron durante el mandato colonial y que tomaron mucho tiempo para convertirse en una especie de noción de una soberanía absoluta popular que empezó a predominar después de la revolución mexicana de los 1910/20. Basados en el análisis de Lomnitz, es también válido agregar que el ideal de la soberanía popular no puede ser asumida acríticamente en ningún punto de la historia de Latinoamérica en vista de la efectividad limitada de los mecanismos de representación. Volviendo al planteamiento de Hobsbawm sobre la legitimidad, en buena parte del siglo XX la soberanía era palpablemente considerada como el papel de un presidente o de una sola persona (los argentinos continúan mirando a Perón como el líder soberano de la nación durante sus 17 años en el exilio). La lista de hechos sobre la soberanía en los países latinoamericanos es bastante amplia.

Aparte del tema obvio de la amenaza económica a la soberanía en los países

en desarrollo que dependen de los mercados y capitales internacionales, existe también el tema de los efectos de la guerra y el militarismo sobre la construcción de la nación estado en Latinoamérica, un tópico que ha llamado la atención muy recientemente. Se observa que generalmente Latinoamérica ha sufrido de muy pocas guerras entre países, mucho menos que en África o en Asia. Solamente Brasil intervino un poco en las dos guerras mundiales. Miguel Angel Centeno afirma que el modelo de guerra de Charles Tilly como un dispositivo de construcción de naciones estados en Europa tiene muy poco que ver con Latinoamérica en donde, afirma, lo económico era el principal imperativo para construcción del estado nación a mediados del siglo XIX (Centeno, 2002).

Pero, como se plantea seguidamente, la creación de la nación no puede estar supeditada a la construcción del Estado. En cualquier caso, hay evidencias de que a pesar de las limitaciones del poder estatal una cosa que los Estados podían hacer e hicieron fue impulsar el enlistamiento militar, que aunque resistido, jugo un papel puntual en la creación de una conciencia popular de algo llamado nación (Deas, 2002). Se ha afirmado incesantemente que la guerra y el militarismo sí jugaron un papel significativo por lo menos en la formación del nacionalismo en algunos países de Latinoamérica durante el XX. El caso es palpable para México, que sufrió la intervención de Estados Unidos en la guerra de 1846-48 y de Francia en la de 1861-67. Otros

ejemplos son la guerra de la Triple Alianza (Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay), en 1864-70; la guerra del Pacífico (1879-83) entre Chile, Perú y Bolivia (Mallon, 1995). En el siglo XX se presentó la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay (1932-35); una disputa fronteriza entre Ecuador y Perú que término en guerra en 1941, 1981 y 1985; la llamada guerra “del fútbol” en 1969 (incitada por un partido de fútbol, pero que involucraba realmente a los refugiados), sin dejar de mencionar la guerra de las Malvinas en 1982. Directa o indirectamente, se presentó una intervención militar norteamericana en Cuba (1898-1902, 1906-1909, 1912-1917, 1961) en República Dominicana (1905, 1916-1924, 1965), Guatemala (1954), Honduras (seis veces entre 1911 y 1925), México (1914, 1916-1917), Nicaragua (1912-25, 1927-33, 1981-90), Panamá (1903, 1989) y Haití (1915-34, 1994).

Si incluimos las guerras civiles, sin mencionar las revoluciones sociales, se palpa claramente que el papel del conflicto militar en la construcción de la nación estado en Latinoamérica tuvo una mayor incidencia que la asumida por Centeno. Tomando solo el periodo posterior a 1945, se presentaron revoluciones sociales en Bolivia (1952), Cuba (1959) y Nicaragua (1979) y guerras civiles con o sin tintes revolucionarios en (1947), Colombia (1948-62, 1984 hasta la fecha), Costa Rica, 1948, El Salvador (1979-92), Guatemala (1966-72, 1978-84) y Perú (1982-92). Polémicamente, Chile, Argentina y Uruguay se encontraban también en

guerra civil durante sus golpes de estado de 1973 (Chile y Uruguay) y 1976. Recientemente, los efectos sociales disruptivos del crimen organizado en relación con el tráfico de drogas y los compromisos de los estados para controlarlo, también significa que muchos países de Latinoamérica, especialmente los más pobres, viven en lo que efectivamente se puede considerar un conflicto bélico. Si ampliamos la noción para incluir la violencia política, tenemos que remitirnos a toda una historia de rebeliones populares, particularmente las áreas rurales, muchas de las cuales se afirma, presentan por lo menos una dimensión protonacionalista como la de los comienzos de las guerras de la independencia. Todos estos factores implican que la soberanía de las naciones estados de Latinoamérica se ha visto generalmente comprometida.

Posiblemente la crítica más dicente sobre Anderson es que el sobreestima el papel de las élites en la formación de las identidades nacionales. Casi que inevitablemente, y como lógica consecuencia, el no menciona nada sobre el género y muy poco sobre lo racial. En los últimos 15 años los latinoamericanistas han elaborado estudios que actúan como correctivos significativos no solamente sobre los enfoques ascendentes sino también sobre los exclusivamente descendentes y que pueden considerarse restrictivos.

Al respecto, el trabajo de Florencia Mallon sobre el surgimiento del nacionalismo campesino en México y Perú,

puede considerarse como pionero (1995). En sus trabajos sobre los actores populares en la construcción de nación, los estudiosos de Latinoamérica han integrado de manera análisis muy significativos sobre aspectos relacionados con clase, raza y género. Aunque los primeros trabajos tendían a centrarse en las áreas rurales y en los indígenas, el espectro abarca actualmente la gente de color y otras comunidades de inmigrantes. Más recientemente, el énfasis se ha desplazado hacia las fuerzas laborales organizadas dentro de la industria, especialmente en las provincias y ciudades (Klubock, 1998).

La inclusión de una perspectiva de género dentro del tema del nacionalismo no solo ha puesto al descubierto mucho material interesante sobre el papel de la mujer de todas las clases sociales en la construcción de nación, sino que también evidencia la importancia de los conceptos de honor en el imaginario nacional (Caulfield, 2000; Chambers, 1999). Adicionalmente, otro promisorio centro de interés lo constituye el papel de la transmisión intergeneracional dentro de las familias en las ideas acerca de la identidad nacional. También ha ocurrido un giro desde pensar casi exclusivamente a nivel de las representaciones, hasta considerar cómo las identidades nacionales se encuentran inmersas en las prácticas cotidianas. Por ejemplo, el trabajo de Peter Wade sobre la música popular colombiana (2000), o el de Rick López sobre los concursos de belleza en México (2002).

Hoy también se observa un amplio corpus de trabajos sobre la cultura popular y las manifestaciones de masas en Latinoamérica, y cómo cada uno de ellos se entrecruzan con aspectos del Estado, del mercado y del imaginario nacional (Rowe y Schelling, 1991; Bueno y Caesar, 1998). Algunos de los primeros trabajos fueron criticados por asumir la expresión “lo popular” como un mundo semi autónomo, pero hoy se le ubica como un modelo desarrollado y sofisticado para comprender las relaciones entre lo global, lo nacional y lo regional. Por otro lado, las estrategias de apropiación por parte del estado como la nacionalización de las prácticas culturales consideradas “populares”, como la música folclórica o el carnaval y algunas formas de resistencia han sido analizados por un amplio rango de medios incluyendo historietas, “operas del mondongo”, íconos populares, deportes (la mayoría de las veces, el fútbol, aunque hoy se encuentran materiales sobre el béisbol y el basket), junto con algunos temas culinarios (Arbena y LaFrance, 2002; Archetti, 2003; Gonzáles, 2003).

Como resultado, tal investigación muestra que existe una mayor conciencia sobre el Estado nacional tanto vertical como horizontalmente de lo que hasta ahora se creía. Las élites del siglo XIX han podido tratar de ser exclusionarios en su nacionalismo, pero no siempre se les permitió salirse con la suya. Para el siglo XX, el socorrido argumento de la retórica de la inclusión y la realidad de la exclusión, aunque todavía mantiene una signifi-

cativa vigencia, podría necesitar una revisión (Appelbaum y otros, 2003). Igualmente, los subalternos no siempre colmaban las expectativas de que ellos se resistirían a las intrusiones de la nación estado. Generalmente se mostraban dispuestos a aceptarlas para asegurarse unos derechos (ejemplo, a través del uso de los tribunales en lo relativo a las tierras, derechos laborales, derecho a conservar sus prácticas culturales, protección contra los abusos físicos y psicológicos de los jefes). Ellos transaban, negociaban, se comprometían y algunas veces protestaban o se resistían. Pero claramente se comprometieron con las propuestas de construcción de nación.

Como resultado de todo este trabajo, se han establecido ciertas normas básicas para el estudio de los nacionalismos latinoamericanos. Prevalece un énfasis moderno sobre la invención de la nación aunque no dejan de tenerse en cuenta algunas de las permanentes inquietudes. Especialmente en relación con las continuidades de las identidades colectivas coloniales y de la post independencia (Roniger y Sznajder, 1998; Roniger y Herzog, 2000). Aun si todas las naciones fuesen construidas, algunas tienen bases más firmes en la práctica cultural existente y en la historia compartida; algunas son menos confiables en cuanto a creencia y vigencia permanente. Los imaginarios pueden generar enfoques creativos, ilusiones utópicas o engaños destructivos. Era más fácil crear un consenso sobre un pasado manejable en Chile que podía diferenciarse de sus

vecinos por una historia o una estabilidad mucho mayor que databa de los 1830s, que, digamos, Argentina, la cual no consolidó un Estado centralizado hasta los 1880s. Las identidades nacionales no fueron más consideradas como necesariamente primarias o totalmente absorbentes. El énfasis recae ahora en la importancia de investigar el desarrollo histórico de la creación de lo propio y de la otredad no indagando mucho sobre quién se comprometía en ciertas prácticas o quiénes producían ciertas imágenes, sino cómo tales prácticas o imágenes se crean o recrean incesantemente.

Al incorporar al análisis no solo factores culturales como lo religioso, la música y la lengua, sino también factores sociales como los patrones laborales, relaciones personales, las familiares y las domésticas, es factible reunificar lo cultural con lo económico, de tal manera que las identidades pueden ser analizadas en el contexto de las relaciones de intercambios. De todas las potenciales disquisiciones que pueden deducirse del escrutinio completo de las representaciones y el discurso, es importante tener en cuenta todas las bases materiales de las prácticas culturales y de las fuerzas materiales que influyen sobre el entorno nacional (Appelbaum y otros, 2003). Este argumento, recientemente propuesto en la comunidad académica Angloamericana en reacción contra las influencias post modernistas, es el que los investigadores de Latinoamérica han sostenido y demostrado largamente (García Canclini, 1995, 2001; Ramos, 2001).

Esto me lleva a un hecho sorprendente de la literatura sobre el nacionalismo latinoamericano: la división *de facto* de esos estudios entre quienes abordaron el nacionalismo como una manifestación del poder político centrándose en lo estatal, y quienes abordaron la identidad nacional como comunidad cultural centrándose en la sociedad. Para todo el valor de los trabajos individuales, existen problemas generados por esta división de enfoques que viene en parte determinada por restricciones disciplinarias. Aún en los 1990s, los investigadores sociales publicaban prescripciones para la construcción de la institución y de la reformulación del Estado, el cual solo mencionaba de paso la necesidad de que tales procesos se relacionaran con una “estrategia nacional”, como si esa expresión pudiera ser sencillamente aceptada sin necesidad de un análisis a fondo (Bresser Pereira y Spink, 1999; Vellinga, 1998).

Por otro lado, existen discusiones de políticas de identidad estructuradas como si el Estado -de ninguna manera- hubiese tocado las vidas de las personas involucradas. Aun durante el siglo XIX, cuando las naciones latinoamericanas eran todavía débiles, se observaba su presencia en la vida del pueblo ya fuese a través de la conscripción militar o en lo tributario. En cualquier caso, su verdadera debilidad a veces significaba que las diferentes fuerzas sociales peleaban dentro de las instituciones sociales y alrededor de ellas y el control del Estado era visto como un premio fácil de ob-

tener. Las ideas contestatarias del republicano, del revolucionario, de las autoridades se encontraban estrechamente ligadas a las visiones encontradas sobre la nación; algunas veces, y para algunos nacionalistas, el Estado se convertía en el “otro”. Así, el viejo debate sobre si el Estado fue antes que la nación en Latinoamérica dio paso a una estructura analítica que muestra hasta dónde la construcción del Estado y la creación de la nación fueron procesos relacionados, que operaron en paralelo, apoyándose algunas veces entre sí, pero deteriorándose también de alguna manera. El trabajo de Tulio Halperín Donghi (1980), sobre la Argentina post independencia y de Mary Kay Vaughan sobre la implementación de las políticas educativas en México en los 1930, muestran lo esclarecedor que puede ser analizar en su conjunto la construcción del estado y la creación de la nación (Vaughan, 1997).

Considero que la influencia del Estado en la construcción de las identidades nacionales latinoamericanas continúa siendo importante, a pesar de lo que Anderson ha llamado la “crisis del guión”, llanamente, la tendencia creciente en las últimas tres décadas de la nación estado de separarse en nación y estado. Pero, como Michael Mann plantea, se puede estar exagerando sobre esta tendencia, especialmente fuera de Europa Occidental (Mann, 1996). A pesar de la migración, la diáspora y las nuevas concepciones sobre la territorialidad la nación estado continuó siendo un factor preponderante en la vida de muchos pueblos

(ley y orden, educación, lengua, asuntos públicos, derechos políticos, salud, comunicaciones, transportes) y la experiencia del gobierno común –bueno o malo- una fuente importante de referencias, reclamos, anécdotas compartidas, junto con un sentido de historia. En el contexto latinoamericano, el concepto de Estado continúa siendo, por lo menos, un eje central de análisis, pero sobre la base de una nueva aproximación a que la formación del Estado es más complejo de lo pensado hasta ahora (Joseph y Nugent, 1994).

Una muestra de las consecuencias de separar cultura y política consiste en que, por largo tiempo, los intelectuales (escritores y artistas), inducidos por los latinoamericanistas partidarios de la tesis de Kedourie sobre los Estados post coloniales en África y Asia, jugaron un papel relevante en los nacionalismos latinoamericanos. Es cierto que algunos intelectuales claves que fueron figuras en la historia política de sus respectivos países, adquirieron un status icónico como padres fundadores (Domingo Faustino Sarmiento, presidente de Argentina, 1868-1874; José Martí, líder de la independencia cubana, torturado en los inicios de la segunda guerra cubana contra España durante el régimen colonial, 1895-8). También está el caso de muchos intelectuales de Latinoamérica, particularmente en la primera mitad del siglo XX, quienes se formulaban en sus trabajos preguntas sobre la identidad nacional. Al crear ficción, poesía, arte, arquitectura, cine, música y al plantear conceptos sobre raza y cultura, esos

intelectuales contribuyeron indudablemente a la formación del imaginario nacional, por lo menos el de las élites.

Pero la idea divulgada de que las identidades nacionales latinoamericanas fueron creadas por generales o intelectuales no puede justificarse a menos que se de una definición amplia de intelectual (cualquiera que reciba educación superior). Evidencias de Latinoamérica sustentan el planteamiento de John Breuilly de que las políticas nacionalistas han estado generalmente dominadas por otras instituciones o grupos de intereses (Breuilly, 1985). La aparición de nuevos sectores sociales (profesionales, políticos) era muy evidente desde finales del siglo XIX ya que la modernización creó una separación parcial de las esferas confluyentes de la intelectualidad y la política.

También he planteado en otro trabajo que la influencia de los intelectuales latinoamericanos en el siglo XX se vio constreñida por sus relaciones problemáticas con el Estado (Millar, 1999): en donde el estado estimulaba y apoyaba sus iniciativas, como en México y Brasil, gozaron de gran influencia; cuando el Estado los ignoraba y reprimía, como en Argentina, el impacto era mucho menor.

En la misma Latinoamérica, la idea del intelectual políticamente comprometido, de izquierda como vocero de los desposeídos y que articulaba una identidad específica se ha relacionado con lo que llegó a conocer como “el mito

de lo nacional-popular”, en la medida en que “lo popular” funcionaba como una reserva de nostalgia o de heroísmo romántico en la formación del Estado (Brunner, 1992). Todavía hay muy poco trabajo sobre una categoría de intelectuales que considero fueron cruciales para los proyectos de construcción de nación; intelectuales locales cuyas actividades son obviamente difíciles de documentar. Pero hurgando en los archivos regionales se pueden lograr resultados positivos como lo muestran los trabajos de Florencia Mallon ya mencionada anteriormente, Guy Thompson (1999), en su estudio sobre el patriotismo regional en México del siglo XIX y Natividad Gutiérrez en su estudio sobre los intelectuales mexicanos indígenas (1999). En términos generales, el papel del nacionalismo en los sectores medios amorfos de la sociedad latinoamericana no ha atraído mucho la atención, aunque el libro de Patrick Barr Melej sobre Chile (2000), sugiere que el trabajo realizado al respecto podría reportar grandes dividendos.

Los trabajos recientes han adoptado tres enfoques para explorar las relaciones entre la construcción de nación y la formación de estado en Latinoamérica. Primeramente, hay una creciente literatura sobre historia, memoria y conmemoración. Se analizan más y más las historiografías como fuentes y esferas relevantes de controversias y polémicas: ¿Cómo es posible escribir historia después del colonialismo? (Turner, 2003) ¿Cómo pueden escribirse y recordarse historias so-

bre experiencias altamente divisionistas? Esto es pertinentemente válido para países que tratan de delatar las experiencias sobre las violaciones de los derechos humanos cometidas por los regímenes militares (Argentina, Chile, Uruguay, El Salvador, Guatemala). ¿Cuál ha sido la versión oficial y aprobada de la historia nacional? Así, el estudio se ha centrado en el papel de los ritos y ceremonias nacionales, en los mitos, himnos, banderas, estatuas, museos, desfiles monumentos cívicos y públicos (Beezley y otros, 1994; Beezley y Lorey, 2001; Duncan, 1998; Earle, 2002; Tenorio Trillo, 1996).

Por otro lado, el papel de la cultura material capta más y más la atención: la construcción de una identidad por medio del consumo y la exhibición. La mayor parte de este trabajo trata de investigar el tema espinoso del impacto social del nacionalismo, hurgando más allá de las élites. También se está prestando atención en algunos íconos del nacionalismo, populares como la virgen de Guadalupe (Brading, 2001) o intelectuales como la poetisa chilena Gabriela Mistral (Fiol-Matta, 2002). Todos estos trabajos se basan en la propuesta de Hobsbawm y Ranger sobre la tradición inventada.

En segundo lugar -y aquí los investigadores latinoamericanos han aportado grandes contribuciones a los debates internacionales- el papel de la sociedad civil en relación con el Estado y el mercado ha sido objeto de una renovada aproximación, sobre todo en el

contexto de la redemocratización de Latinoamérica en 1980s que acompañó a las políticas económicas neoliberales que trataban de reducir el papel económico del Estado. Aunque existe una amplia literatura al respecto, quiero llamar la atención en un escritor clave con respecto al nacionalismo. En su famoso trabajo, *Culturas híbridas*, Néstor García Canclini intenta hacer pensar a la gente más allá de las líneas divisorias entre la popular cultura de masas para analizar las diversas formas como la gente de todos los estratos sociales presionaron sobre los procesos de modernización. El trabajo de García Canclini no se centra directamente sobre el nacionalismo, pero provee un nuevo modelo potencialmente efectivo para repensar sobre las relaciones entre los poderes regionales, nacionales y transnacionales.

García planteaba que las sociedades latinoamericanas eran amalgamas de diferentes temporalidades históricas, de las diversas relaciones en los procesos de modernización. Las identidades se afincan en las fronteras; las culturas son híbridas. Lo importado se inserta en lo local transformándose ambos. García Canclini propone que en vez de ahondar en las tendencias de las élites de desarrollar ideologías como el nacionalismo y que servían de criterio para sus propios fines, o sobre la resistencia del hombre de común para enfrentar esas estrategias, es más importante analizar las instituciones por medio de las cuales todos los sectores sociales negociaron la modernidad: creencias y organizaciones reli-

gias, agencias estatales, mercados, los medios y el turismo. También, en un posterior estudio, *Consumidores y Ciudadanos* (2001), propone retomar el concepto de consumo para considerar como “mercancías” al bienestar, la salud y la educación ya que no se podía considerar al consumo como un factor de irracionalidad, despilfarro y manipulación potencial del individuo, sino más bien como un proceso que remite a las posibilidades de pensar creativamente acerca de nuevas interrelaciones entre el público y las esferas privadas. También a pesar de la decadencia de los derechos tradicionales, como la salud como obligación del Estado, surgían nuevas posibilidades para que el ciudadano tuviera la posibilidad de abrir un espacio cultural latinoamericano para luchar contra la norteamericanización. Tales propuestas generaron controversias políticas e intelectuales, pero el trabajo de García Canclini debe ser leído por todos los interesados en el lugar de la nación estado dentro del mundo contemporáneo.

En tercer lugar, se está prestando atención otra vez a los aspectos geográficos de lo nacional sobre las bases del análisis pionero de Anderson (1991). La idea de territorios limítrofes provee la base para hacer coincidir la noción de Estado y la de nación, aunque se este planteando que esto solo opera a un nivel simbólico, especialmente dentro del contexto de la globalización. Los estudiosos de la globalización que no la consideran como un proceso enteramente negativo, la identifican

como una oportunidad para dejar de lado concepciones temporales (como las fases del modelo de nacionalismo que lo asume primero como una idea, luego como un movimiento político y después como un consenso social) para verla como un factor espacial que abre las posibilidades de reconocer la existencia de concepciones diversas de lo temporal sin considerarlas retrógradas o subdesarrolladas (Mignolo, 1998). Esto puede ser particularmente provechoso para Latinoamérica en donde la importancia de la delimitación de los territorios, literal y simbólicamente, se está discutiendo ampliamente (Craib, 2002; Qayum, 2002).

Al respecto, los estudios de los regionalismos subnacionales (especialmente en Europa) fueron inicialmente una reacción contra las historiografías nacionales que presentaban al regionalismo como un obstáculo anacrónico para la creación de naciones estados modernos y viables. Sin embargo, estudios más recientes han formulado nuevas formas de considerar la configuración de la nación, centrándose en la interacción entre lo regional y lo nacional y en el alcance de esa interacción para ayudarse mutuamente (Anna, 1998). Allí persiste una tendencia a centrarse en las áreas rurales y sus relaciones, o a la falta de ellas, en el Estado central. Al respecto, existe bastante campo de acción para estudiar las rivalidades regionales o de las ciudades provinciales. Los investigadores están comenzando a reflexionar sobre los espacios urbanos, los conceptos de marginalidad, límites y regio-

nes tanto en lo local como en lo internacional. Es cierto que los límites reales y simbólicos afectan los diversos significados de identidad nacional pero ello no parece disminuir su importancia. Se ha planteado, por ejemplo, que la *mexicanidad* y la hegemonía del WASP en Estados Unidos se han visto fortalecidas por la consolidación de una sociedad diferencial fronteriza (Pastor y Castañeda, 1988; *Journal of American History*, 1999). También, los cubanos de Miami tienen un fuerte concepto de su *cubanidad*, lo mismo que su contraparte de “la isla”, aunque le agreguen significados diferentes (Behar, 1995).

Existe un interés creciente sobre las complejidades de las representaciones del “otro” y del “yo”. Las naciones latinoamericanas han intentado diferenciarse de Estados Unidos o de otros países vecinos y, en algunos momentos –como en países europeos (España, Francia, Inglaterra), presentarse como autóctonos. Por ello, debemos indagar mucho más sobre los contextos internacionales en los cuales las identidades nacionales evolucionan, sobre el intercambio de gentes, concepciones e imágenes en ambas direcciones –dentro de las Américas y cruzando el Atlántico. Para responder efectivamente a estos interrogantes es necesario aplicar un enfoque interdisciplinario. Aun más, en la América española, ya que el caso de Brasil es diferente, las identidades nacionales han terminado en una relación compleja con una identidad regional transnacional: el

Hispanoamericanismo, el cual ha actuado como una referencia puntual de sus igualdades y diferencias y que ha funcionado más como un complemento de sus identidades nacionales que como un punto de rivalidad entre ellos. Factores como raza, etnia y lengua, valores religiosos y políticos constituyen un acervo común para identificar a Hispanoamérica. Es decir, cada país hispanoamericano ha conformado su propia variante de una visión supranacional la cual se ha combinado con cada historia de nación estado para generar identidades nacionales diferentes constituidas, en todo caso, por prácticas e ideales culturales y políticos.

Por ello, algunas oposiciones que cualquiera familiarizado con la historia de Europa da por aceptada, como nacionalismo/internacionalismo, nacionalismo subestatal /regionalismo y nacionalismo/regionalismo supranacional, nunca han sido completamente propuestas en Latinoamérica, llevándonos a cuestionar por lo menos hasta dónde han sido aplicadas para el estudio del nacionalismo en cualquier parte. Estudios recientes ya cuestionan la oposición entre regionalismo local y nacionalismo en Europa afirmando, por ejemplo, que los intereses regionales, particularmente en las ciudades intermedias, se han adecuado efectivamente a los proyectos nacionalistas (Confino, 1997)

También, el significado de los regionalismos supranacionales está llamando la atención de los estudiosos

de Europa. La idea de que la nación se encuentra enfrentada a otras identidades colectivas (locales, regionales, supranacionales) y podría por lo tanto perderse si las otras se fortalecen, no es necesariamente cierto. Tales identidades pueden trabajar para atenuar la significación de lo nacional pero también para aumentarla. Se ha dicho por ejemplo, que en México la identidad nacional es lo suficiente sólida como para resistir la supuesta amenaza de la norteamericanización, que la identidad mexicana no se basa ya en patrones de consumo de tal manera que la gran prevalencia de los productos de Estados Unidos después del NAFTA no hacen ninguna diferencia y que la propia identidad de México dependía de hecho en su éxito económico lo cual solo podría lograrse integrándola más tarde en el mundo globalizado (Morris, 1999).

La evidencia en Latinoamérica muestra hasta donde el término identidad es en si mismo problemático. Aun dentro de los homogeneizantes proyectos de los nacionalistas, siempre había resistencia y debates sobre sus diferencias socioculturales. La tendencia dominante en los debates en Latinoamérica sobre la identidad consistía en incorporar por lo menos un cierto grado de énfasis sobre la heterogeneidad y ductibilidad (un término recurrente en la mayoría de los estudios latinoamericanistas sobre la identidad nacional). Como afirma García C. (2001), “la heterogeneidad es considerada parte integral de la nación”. Por lo menos, en la primera mitad del si-

glo XX, los intelectuales usaban el término “autenticidad” (con una abierta posibilidad de mestizaje cultural) mucho más que el término “identidad”, que presenta algunas implicaciones de homogeneidad y que podría convertirse en otro de los términos importados que no encajan con la realidad. Al respecto, podría ser de algún valor para los latinoamericanistas ser más analíticos y utilizar el término “lo nacional”, que evita el énfasis cultural homogeneizante de la expresión identidad cultural y las implicaciones del compromiso de conciencia política del nacionalismo. En el mundo globalizado se nota que existe una identidad marcada y etiquetada para consumo de los extranjeros, especialmente turistas, y otra considerada “real y auténtica” y que se maneja en espacios en los cuales los turistas muy raramente se interesan o no tienen acceso. Generalmente ambas identidades presentan los mismos componentes, pero son identificados de diferente manera y analizados con diferentes registros.

Es fácil olvidar que el principal argumento de Anderson sobre el nacionalismo en Latinoamérica ha sido virtualmente ignorado como el mismo se lamentó en el prefacio a su segunda edición de *Comunidades Imaginadas*, 1991. Aunque su propuesta de que las “naciones modales” se crearon en América es exagerada (o al menos, lo es demasiado para Estados Unidos), pero el punto clave de que las experiencias de todas las regiones son vitales para comprender la historia del na-

cionalismo en general, no ha recibido todavía la atención que se merece. Descartarlas como nacionalismos inferidos, es considerar que los latinoamericanos eran simplemente consumidores y no creadores. Las experiencias latinoamericanas no fueron ni modelos ni imitaciones, pero eso no las hace menos importante para la historia comparativa de los nacionalismos. Las experiencias latinoamericanas de colonialismo, neocolonialismo y el colonialismo interno implica que las “identidades nacionales siempre fueron multiformes, creadas y re-creadas en un proceso continuo de negociación y renegociación con los otros dentro y fuera. El surgimiento simultáneo en México, Venezuela, Ecuador y Bolivia de coaliciones multclasistas y multiétnicas de los excluidos del neoliberalismo, movimientos que también revivieron la importancia del nacionalismo económico, suministran ejemplos de la recurrente capacidad latinoamericana que nos permite cuestionar las categorías que utilizamos para reflexionar sobre las identidades colectivas.

En un mundo en el cual la mayoría de las naciones estados se encuentran bajo presión para adaptarse a las circunstancias y acomodarse según las diferencias, las diferentes historias del nacionalismo latinoamericano son las que más llaman la atención. 

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Benedict. 1991. *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, (2nd edn). London and New York: Verso.

Anna, Timothy. 1998. *Forging Mexico 1821 1835*. Lincoln. NB: University of Nebraska Press.

Appelbaum, Nancy P. Anne S. Macpherson and Karin Alejandra Roseblatt. (eds.). 2003. *Race and Nation in Modern Latin América*. Chapel Hill. NC and London: University of North Carolina Press.

Arbena, Joseph and David Lafrance (eds.) 2002. *Sport in Latin America and Caribbean*. Wilmington. DF: SR Books.

Archetti, Eduardo P. 2003. “The spectacle of identities: football in Latin America” in S Hart and R. Young (eds.), *Contemporary Latin American Cultural Studies*. London: Arnold. 116 26.

Baily, Samuel L. (ed) 1970. *Nationalism in Latin America*. New York: Knopl.

Barr Melej, Patrick. 2001 *Reforming Chile: Cultural Politics. Nationalism and the Rise of the Middle Class*. Chapel Hill. NC: University of North Carolina Press.

Beezley, William. Cheryl English Martin and William F. French (eds.) 1994. *Rituals of Rule. Ritual of Resistance: Public Celebrations and*

Popular Culture in Mexico. Wilmington. DF: SR Books.

Beezley, William and David E Lorey. 2001. *Viva Mexico! Viva la Independencia Celebrations of September 16.* Wilmington. DF: SR Books.

Behar, Ruth (ed.) 1995. *Bridges to Cuba Puentes a Cuba.* Ann Arbor. MI: University of Michigan Press.

Brading David, 2001. *Mexicans Phoenix. Our Lady of Guadalupe. Image and Tradition Across Five Centuries.* Cambridge: Cambridge University Press.

Bresser Pereira, Luís Carlos and Peter Spink. 1990. *Reforming the State Managerial Public Administration in Latin America.* Boulder. CO: Lynne Rienner.

Breuilly, John. 1985. *Nationalism and the State.* Manchester: Manchester University Press.

Britton John, (ed). 1994. *Molding the Hearts and Minds.* Wilmington. DF: Scholarly Resources.

Brunner José Joaquín, 1992. *America Latina cultura y modernidad.* Mexico: Grijalbo.

Bueno, Eva P. and Ferry Caesar. 1998. *Imagination Beyond Nation Latin American Popular Culture.* Pittsburgh. PA: University of Pittsburgh Press.

Castañeda, Jorge. 1993. *Nation – Building and the origins of the lefts*

nationalism in Utopia Unarmed, the Latin America Lefts After the Cold War. New York: Knopf, 277 97.

Castro – Klaren, Sara and John Charles Chasteen (eds). 2003. *Beyond Imagined Communities Reading and Writing the Nation Nineteenth-Century Latin America.* Baltimore. MD and London: Woodrow Wilson Center Press. The John Hopkins University Press.

Caulfield, Sueann. 2000. In *Defense in Honor Sexual Morality. Modernity and Nation in Early Twentieth-Century Brazil.* Durham. NC: Duke University Press.

Centeno, Miguel Angel. 2002. *Blood and Debt War and the Nation – State in Latin America.* University Park. PA: Pennsylvania State University Press.

Chambers, Sarah. 1999. *From Subaltern to Citizens Honor Gender and Politics in Arequipa, Perú 1780 1854.* University Park, PA: Pennsylvania State University Press.

Contino, Alan. 1997. *The Nation as Laval Metaphor.* Chapel Hill. NC: University of North Carolina Press.

Craib, Raymond B. 2002. “A nationalist metaphysics: state fixations, national maps and the geo-historical imagination in nineteenth-century Mexico”. *Hispanic American Historical Review* 82(1): 33 68.

Deas, Malcolm. 2002. “The man on foot: conscription and the nation-state in nineteenth-century Latin America”

- in James Dunkerley (ed). *Studies in the Formation of the Nation in Latin America*. London: Institute of Latin American Studies. 77 93.
- Duncan, Robert H. 1998. "Embracing a suitable past independence celebrations under Mexico's Second Empire, 1864 66", *Journal of Latin America Studies* 30: 249 78.
- Earle, Rebecca. 2002. "Padres de la patria and the ancestral past: celebrations of independence in nineteenth-century Spanish America". *Journal of Latin America Studies* 34 (4): 775 805.
- Fiol-Matta, Licia. 2002. *A Queen Mother for the Nation. The State and Gabriela Mistral*. Minneapolis. MN and London University of Minnesota Press.
- Freeman Smith, Robert. 1972. *The United States and Revolutionary Nationalism in Mexico 1916 – 1932* Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Garcia Canclini, Néstor. 1995. *Hybrid Cultures Strategies for Entering and Leaving Modernity* Minneapolis. MN: University Press of Minnesota.
- Garcia Canclini, Néstor. 2000. *Consumer and Citizens Globalization and Multicultural Conflicts* [1995], trans. George Yúdice. Minneapolis. MN: University of Minnesota Press.
- Goldschmidt, Henry and Elizabeth McAlister (eds.) 2004. *Race Nation and Religion in the Americas*. New York: Oxford University Press.
- González, Mike. 2003. "Food in Latin America" in S Hart and R. Young (eds.). *Contemporary Latin American Cultural Studies*. London: Arnold. 268 77.
- Guerra, Francois-Xavier. 1992. *Moderidad e independencia*, Madrid: Editorial MAPRE.
- Guerra, Francois-Xavier. 2003. "Forms of Communication, political spaces and cultural identities in the creations of Spanish American nations" in Sara Castro-klaeren and John Charles Chasteen (eds.). *Beyond Imagines Communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Baltimore. MD AND London: Woodrow Wilson Center Press The John Hopkins University Press, 3 32.
- Gutierrez, Natividad. 1999. *Nationalist Myths and Ethnic Identities: Indigenous Intellectual and the Mexican State*. Lincoln, NB: University of Nebraska Press.
- Halperin Donghi, Tulio. 1980. *Proyecto y construcción de una nación Argentina 1846 1880*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Hobsbawm, Eric. 1995. "Nationalism and national identity in Latin America" in Bouda Etemad, Jean Baton and Thomas David (eds.). *Pour une histoire économique et sociale internationale: mélanges offerts á Paul Bairoch*. Geneva : Editions Passe Présent. 313 23.
- Jaksie, Iván (ed). 2002. *The Political Power of the Word: Press and Oratory*

in Nineteenth-Century Latin America. London: Institute of Latin American Studies.

Joseph, Gilbert and Stephen Nugent (eds.). 1994. *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*. Durham, NC: Duke University Press.

Journal of American History. 1999. Special Issue: Rethinking history and the nation-state: Mexico and the United States as a case study. 86 (2).

Kedourie, Elie. 1960. *Nationalism*. London: Hutchinson.

Kedourie, Elie (ed.). 1971. *Nationalism in Asia and Africa*. London: Weidenfeld and Nicolson.

Klubock, Thomas Miller 1998. *Contested Communities, Class, Gender, and politics in Chile's El Teniente Copper Mine 1904 1951*. Durham, NC: Duke University Press.

Knight, Alan. 2001. "Democratic and revolutionary traditions in Latin America", *Bulletin of Latin America Research* 20(2): 147 86.

Lomnitz, Claudio. 2000. "Nationalism as a practical system: Benedict Anderson's theory of nationalism from the vantage point of Spanish America" in M. A. Centeno and F. Lopez Alves (eds.). *The other Mirror: Grand Theory through the Lens of Latin America*. Princeton, NJ: Princeton University Press. 329 59.

Lopez, Rick A. 2002. "The India Bonita contest of 1921 and the ethnicization of Mexican national culture". *Hispanic American Historical Review* 82(2): 291 328.

McFarlane, Anthony and Eduardo Posada-Carbó (eds.). 1998. *Independence and Revolution in Spanish America: Perspectives and Problems*. London: Institute of Latin American Studies.

Mallon, Florencia. 1995. *Peasant and Nation: The Making of Post-colonial Mexico and Peru*. Berkeley, CA: University of California Press.

Mann, Michael. 1996. "Nation-States in Europe and other continents: diversifying. Developing, not dying" in Gopal Balakrishnan (ed.). *Mapping the Nation*. London: Verso, 295 316.

Mason, Anthony. 1995. *Passion of the People? Football in South America*. London: Verso.

Masur, Gerhard. 1966. *Nationalism in Latin America: Diversity and Unity*, New York: Mcmillan.

Mignolo, Walter. 1998. "Globalization, civilization processes, and the relocation of languages and cultures" in Fredric Jameson and Masao Miyoshi (eds.). *The Cultures of Globalization*. Durham, NC and London: Duke University Press. 32 53.

Miller Nicola. 1999. *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for*

National Identity in Twentieth-Century Spanish America. London: Verso.

Morris, Stephen. 1999. "Reforming the nation: Mexican nationalism in context". *Journal of Latin American Studies* 31: 363-97.

Morse, Richard. 1989. *New World Soundings: Culture and Ideology in the Americas*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.

Pastor, Robert and Jorge Castañeda. 1988. *Limits to Friendship: The United States and Mexico*. New York: Kpanopf.

Quayum, Seemin. 2002. "Nationalism, internal colonialism and the spatial imagination: the Geographic Society of La Paz in turn-of-the-century Bolivia" in James Dunkerley (ed.). *Studies in the Formation of the Nation-State in Latin America*. London: Institute of Latin America Studies. 275-98.

Quijano, Anibal. 1971. *Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú*. Buenos Aires: Periferia.

Radcliffe, Sarah and Sallie Westwood. 1996. *Remaking the Nation: Place, Identity and Politics in Latin America*. London and New York: Routledge.

Ramos, Julio. 2001. *Divergent Modernities: Culture and Politics in Nineteenth-Century Latin America*. trans. John D. Blanco. Durham NC: Duke University Press.

Roniger, Luis and Tamar Herzog (eds.). 2000. *The Collective and the Public in*

Latin America: Cultural Identities and Political Order. Brighton: Sussex Academic Press.

Roniger, Luis and Mario Sznajder (eds.). 1998. *Constructing Collective Identities and Shaping Public Spheres*. Brighton: Sussex Academic Press.

Rowe, William and Vivien Schelling. 1991. *Memory and Modernity: Popular Culture in Latin America*. London: Verso.

Sabato, Hilda (ed.). 1999. *Ciudadanía política y formación de las naciones: perspectivas históricas de América Latina*. Mexico City: Fondo de Cultura Económica.

Sigmud, Paul. 1980. *Multi-nationals in Latin America. The Politics and Nationalization*. Madison WI: University of Wisconsin Press.

Smilde, David. 1999. "El clamor por Venezuela". Latin American evangelicalism as a collective action frame" in Christian Smith and Joshua Prokopy (eds.). *Latin America Religion in Motion*. New York: Routledge. 125-46.

Sommer, Doris. 1991. *Foundational Fictions. The Nationalist Romances of Latin America*. Berkeley, CA and London: University of California Press.

Spener, David and Kathleen Staudt. 1998. *The US Mexico Border Transcending Divisions contesting Identities*. Boulder, CO: Lynne Rienner.

Swansborough, Robert. 1976. *The Embattled Colossus. Economic Nationalism and United States Investors in Latin America*. Gainesville. FL: University Press of Florida.

Tancer, Shoshana B. 1976. *Economic Nationalism in Latin America. The Quest for Economic Independence*. New York: Bragger.

Tenorio Trillo, Mauricio. 1996. *Mexico and the World Fairs Crating Modern Nation*. Berkeley. CA and London: University of California Press.

Thomson, Guy. 1999. *Patriotism, politics and popular Liberalism in Nineteenth-Century Mexico: Juan Francisco Lucas and the Puebla Sierra*. Wilmington. DE: Scholarly Resources.

Turner, Mark and Andres Guerrero (eds.). 2003. *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*. Durham. NC: Duke University Press.

Uribe-Urán Victor (ed.). 2001. *State and Society in Spanish America during the Age of Revolution*. Wilmington. DE: Scholarly Resources.

Vaughan, Mary Kay. 1997. *Cultural Politics in the Revolution Teaches Peasants and Schools in Mexico 1930 1940*. Tucson. AZ: University of Arizona Press.

Vellinga, Menno (ed.). 1998. *The Changing Role of the State in Latin America*. Boulder. CO: Westview Press.

Wade, Peter. 2000. *Music, Race and Nation. Música Tropical in Colombia*. Chicago. IL: University of Chicago Press.

Whitaker, Arthur. 1962. *Nationalism in Latin America*. Gainesville. FL: University of Florida Press.

Whitaker, Arthur and Jordan David C. 1966. *Nationalism in Contemporary Latin America*. New York: Free Press.

